

Mariana Otero
Historia De Un Secreto
2003, Francia, 91 Minutos

Reseña de **Catalina Donoso Pinto**
Universidad de Chile
catalina.donosos@u.uchile.cl

Historia de un secreto se exhibió en Chile en 2013 como parte de la programación del Festival Internacional de Documentales de Santiago (FIDOCs). En el sitio web del festival, la propia reseña del documental se inscribe en la lógica narrativa que la película propone y que es, además, la sustancia del problema que aborda: el no hablar, el no decir, decir poco o decir a medias. Ese texto, que tradicionalmente nos advierte acerca del tema que la obra trata, en este caso escamotea el asunto para permanecer en el lugar del secreto, del disfraz. Solo sabemos que la madre muere cuando ella y su hermana son dos niñas pequeñas y que nadie ha dicho la verdad en décadas:

Cuando yo tenía cuatro años y medio mi madre desapareció. Nuestra familia nos dijo a mi hermana y a mí que ella había salido a trabajar en dirección a París y que luego había muerto de una operación de apendicitis. En nuestra infancia y juventud nuestro padre nunca habló de nuestra madre, salvo para repetir que ella había sido una pintora y una mujer extraordinaria. Más tarde nos reveló las circunstancias reales de su fallecimiento. Este secreto que mi padre sobrellevó durante 25 años le impidió contarnos su vida y mostrarnos su obra. Yo sentí la necesidad de reconstruir esta historia, de volver a encontrar a la madre que me había sido doblemente arrancada por la muerte y el secreto.

Asistí a esa función porque me intrigó la anécdota no del todo revelada y porque alguien lanzó una frase al pasar (donde sí estaba la palabra que, después entendí, era clave) que alimentó mi curiosidad respecto de una pieza audiovisual que negaba tanto de sí misma. Asistí a esa función, digo, sin

realmente esperar que el tema central del documental fuera el aborto. Una vez que, ya bien avanzado el filme, este nos enfrenta a los espectadores —tal como un día la revelación del secreto enfrentó a la familia— con los hechos tal como fueron o tal como sus protagonistas de entonces los recuerdan, cobra mayor sentido la estrategia de disimulo y negación que el filme utiliza. Porque, finalmente, la cuestión más relevante de la que se hace cargo tiene que ver con no poder hablar de aquello, con la dificultad para articular siquiera el recuerdo en forma de palabras organizadas (hay una escena notable en que la directora conversa con su padre dentro de un auto, que es un delicado y terrible ejemplo de esto que señalo).

La madre no tuvo apendicitis, la madre estaba embarazada y decidió, junto a su marido, que no podía permitirse un tercer hijo o hija. Se hizo un aborto clandestino y murió por una infección que se le produjo como consecuencia de la intervención. Algo que ocurre todos los días, a cada momento, en los países donde el aborto es ilegal. Algo que está ocurriendo en este momento, mientras escribo, y en este momento, mientras alguien me lee, en Chile, un país donde no hay aborto legal, pero sí hay aborto —miles, la mayoría practicados en terribles condiciones— cada año.

Una de las cuestiones que llamó más mi atención —y que la película no subraya, pero es un subtexto que aparece como telón de fondo permanente, una vez que el secreto ha sido revelado— es que la dificultad para hablar persiste, aun cuando han pasado años, décadas, desde la muerte de la madre y el aborto ya no es ilegal en Francia, ni un tema tabú, como lo era en la época en que este hecho ocurrió. Esta traba lingüística y psíquica deja al descubierto el daño que la estructura social impone en los sujetos en relación con este hecho en particular. El padre no puede hablar porque el trauma doloroso lo tiene preso en ese tiempo circular de la herida. Pero el trauma doloroso (que por un lado es, sin duda, la pérdida de su mujer) no tiene tanto que ver con la muerte misma, como con no haber podido hablar abiertamente de ese dolor, con tener que cargar con una culpa que la sociedad instala y refuerza. De parte de las organizaciones que se autodenominan “pro-vida”, existe un argumento recurrente que supone que, tras la práctica de un aborto, la mujer se ve

inmersa en un deterioro emocional del que prácticamente no se recupera nunca. Hay estudios (cuyo universo son mujeres que se han practicado abortos en países donde es legal) que muestran que quienes interrumpieron un embarazo no deseado durante el primer trimestre, no presentan más problemas de salud mental que las que llevaron a término dicho embarazo.

Yo era consciente de la violencia impune asociada a la carga emocional que recibe una mujer que decide practicarse un aborto y está inserta en una estructura social que condena radicalmente el hecho (con argumentos llenos de falacias, por lo demás). Lo que este documental me puso frente a los ojos es el tremendo alcance de esa normativización del espacio subjetivo: Cómo puede atravesar generaciones y seguir haciendo daño como una ola expansiva. En ese sentido, el documental —que es una historia personal, pero al mismo tiempo es una colectiva de peso absoluto— es también una reparación. De alguna manera, *Historia de un secreto* deja en el pasado el trauma, para traer al presente a quienes se quedaron atrapados en el tabú impuesto.

Tal vez traiciono la identidad de la película al exponer en esta reseña todos esos detalles, que el filme va, finamente, revelando poco a poco. Pero la necesidad y la urgencia de poner estos temas sobre la mesa, creo que amerita tal traición.